

En tiempos diferentes

Gustavo Menéndez

Image not found.

Capítulo 1

La presencia del cabo Arnaldo Ríos en la vereda de la verdulería, todas las noches, esperando a su nueva novia, altera la tranquilidad del barrio. Cuando la luz del día se desvanece, suele amarrar su bicicleta al cordón y así comenzar la guardia romántica. Espera que la muchacha entre los cajones de frutas al local para luego salir juntos por una calle donde pueden circular tres autos a la vez.

Yo los observo desde unos quince metros a través de mi ventana y también los escucho. Imposible no oír esa voz alborotada de la novia adolescente que reclama casamiento. Ella chilla y ríe.

Quizás, algún día, las cortinas oscuras de mi ventana puedan convertirse en el telón imaginario de un teatro pueblerino, donde la obra a estrenar cuente la historia de una pasión amorosa, desatada de la noche a la mañana, con escándalo incluido.

Allí estarían como actores principales, el cabo y la verdulera. Claro, que también habría actores secundarios ocupando el lugar de despechados y las comadres del pueblo desparramando versiones casi tan falsas como dañinas. Para los pobladores de la cuadra, es como vivir en un country con seguridad privada: Nunca vieron pasar la camioneta de la policía tantas veces por la misma calle.

No es el único vehículo que repite su andar por la calle frente a mi ventana. Los colectivos la eligieron para poder ingresar a la Terminal ubicada en el centro del pueblo, frente a la plaza. El ruido de los motores me es familiar; hasta conozco cuando llegan demorados, algo casi habitual. Tan habitual como los movimientos de la vecina de la casa de enfrente, sacando el tarro plástico blanco con la basura, justo después de las ocho. Luego el sonido de la persiana me indica que la ventana se cerró. Ella me suele observar con detenimiento los domingos cuando por la mañana barre la vereda y yo, semivestido, salgo a buscar el diario. Poquitas palabras hemos intercambiado en los últimos meses, salvo el saludo de rigor.

Muchas veces cuando el cansancio de estar frente a la computadora se apodera de mí, miro hacia la calle como descansando la mirada en otra parte. El paisaje me es conocido. Los ciclistas, los que salen a caminar para mantener una buena salud, los autos... Las camionetas...

La ventana me devuelve fotografías similares todos los días. Pero algo extraño pasó en las últimas semanas. Y nada tiene que ver con el romance entre el policía Ríos y la adolescente que tanto preocupa al pueblo. Miré con profundidad por la ventana, y vi que la calle pavimentada volvía a ser de tierra, los cordones pintados de blanco para la fiesta del

pueblo no estaban y la iluminación desaparecía. Y por allí, con andar cansino como cargando la vida, lo vi a él. Caminaba por el medio de la calle con un poncho en el hombro para protegerse del viento frío de agosto. Iba hacia el hospital como todos los días. Y al llegar a la avenida, cruzaba la vía para luego entrar por el camino rodeado de eucaliptos. A partir de las últimas semanas, lo veo pasar siempre y aunque lo conozco no me saluda. Su casa está cerca, a la vuelta de la esquina. Somos vecinos en tiempos diferentes. Siempre espero que se dé vuelta para mirarme. Espero un gesto, un breve saludo, pero no ocurre... Entonces me doy cuenta de que los recuerdos del abuelo entraron de nuevo por la ventana y yo vuelvo a conversar con el silencio.